con algunos petates, constituian las camas de los asilados. Para comedores servían los mismos patios y para el servicio de la comida se utilizaban las cacerolas, que juntamente con los pobres vinieron del Hospital. Estaban tan sucias y gastadas por su antigüedad, que dieron ocasión á los primeros trabajos de aseo, emprendidos por las hermanas.

En relación con el de los pobres era también el menaje de las hermanas. Se componía de los catres que ellas mismas llevaron de sus casas y por mesa de comedor usaron, por algún tiempo, de la que servía en el templo para tender á los cadáveres, que llevaban para hacerles los sufragios litúrgicos. No olviden udes. nunca todos estos pormenores, considerándolos como preciosos recuerdos de la época primitiva del Instituto. Tengo para mi, que la abnegación con que las primeras hermanas aceptaron todo aquello, ha sido el principio de las bendiciones, que en lo sucesivo vinieron al Instituto, como una recompensa de Dios Ntro. Señor.

Instaladas las cuatro hermanas con su sesenta pobres, inmediatamente éstos principiaron á ser atendidos y cuidados con esmero por las que sin saber, cómo ni para qué, Dios Nuestro Señor, en sus altísimos fines, las había conducido allí, destinándolas para echar los fundamentos de la «Sociedad de las Siervas del Sagrado Corazón de Jesús y de los pobres».

Como toda colectividad humana necesita de un jefe, que la gobierne. La que se acababa de establecer en el Calvario necesitaba por consiguiente el suyo, y á consecuencia de no haber ido la Señorita González, necesite pensar en otra de las que allí mismo estaban. La Madre Clotilde Muñoz era la de mayor edad, y esta circunstancia me determinó á elegirla para superiora de las otras tres y de los pobres. Quedó con tal carácter desde aquella noche.

Entre las varias personas, que por su generosidad y por los servicios con que ayudaron al naciente Instituto, merecen particular mención en esta carta algunos de los vecinos del barrio de arriba, cercano al Calvario, distinguiéndose de un modo especial Don Guadalupe Gazca y Don Casimiro Najar. La circunstancia que voy en seguida á referir á udes., confirmará lo que acabo de decirles.

La llave de la puerta de entrada de la Casa del Calvario, ignoro como se perdió. Ninguna seguridad en consecuencia había allí, y siendo el sitio apartado de la ciudad, la poca policía que ésta tenía estaba á gran distancia, lo cual ponía en peligro á las hermanas y á los pobres. Grandes aprietos trajo para mí este accidente, porque no juzgue oportuno dejar allí abandonadas á las hermanas de aquel modo. Las dos personas que acabo de nombrar, me sacaron de aquel embarazo,

ofreciéndose expontaneamente á quedarse con otros compañeros suyos á guardar y custodiar la Casa. Aceptando por mi parte su generoso ofrecimiento, no una noche, sino varias, se quedaron allí, velando por la seguridad de la Casa y de sus nuevos habitantes.

Aquí cabe hacer á udes. observar, que, si digna de elogio fué la generosa conducta de aquellos dos buenos cristianos, la de las hermanas, que tales contratiempos, pobrezas é incomodidades, sufrieron con heroísmo, merece un recuerdo glorioso.

Verdaderamente admirable y digno de conservarse es el recuerdo de todo lo que padecierón é hicieron las cinco primeras hermanas en los días de la fundacíon. Deseosas de dar gloria á Dios Nuestro Señor y de servir á los pobres, no perdonan sacrificio ni fatiga, trabajando asiduamente día y noche. Para mejor apreciar esto, no debe olvidarse, que las malas condiciones de la Casa, el número crecido de pobres y la diversidad de clase de estos, aumentaban las dificultades, que como noveles en la empresa, tenían, para cumplir con su delicada misión.

Quise desde el principio establecer algún órden, tanto con los pobres cuánto entre las hermanas, convencido de que del órden depende el buen éxito de las cosas. Redacté un reglamento, que puse por escrito, aunque mejor le convenía el nombre de horario. En él figuraba ya como hora de levan-

tarse para las hermanas, las cuatro de la mañana; primer sacrificio diario, que desde el principio de la Sociedad vienen udes. practicándo. ¡Hora bendita, que ha sido y será para la Sociedad un manantial de bendiciones del cielo! La meditación, los examenes de conciencia, la lectura espiritual y en resumen, casi todas las prácticas piadosas que hasta ahora tienen udes. quedaron establecidas desde entonces.

Aun cuando pudiera citar varios hechos, que á mi juicio pueden calificarse como heroícos, de los prácticados por las hermanas en aquellos primeros días, tan sólo hablaré á udes. del primero de todos, para no hacer ya más larga la presente carta.

El día 14 de diciembre del año de 1885 caminaba por el primer patio de la Casa la pobre ciega Prisciliana y como á causa de su ceguera no pudiese notar el agujero prácticado allí para formar el algibe, cayó dentro de él. Apercibida de su caida la Madre Fausta, sin preocuparse de la dificultad que se le presentaba por las varas que tenía de profundidad, lo que sin duda hubieran detenido á un hombre, se lanzó dentro del hoyo, á fin de auxiliar á la pobre ciega. Llena de caridad, ni midió el peligro á que se exponía, ni las dificultades con que iba á tropezar. Entiendo que su Santo Angel custodio la ayudó en su empresa, pues logró sacar á la ciega sana y salva. Ya en

el cielo esa hermana encontraría la recompensa de su buena obra.

En los altos é inescrutables designios de Dios Nuestro Señor estaba dispuesto, que, aquella pequeña reunión de personas abnegadas, fuese la alma siga de la Sociedad, que, en las escuelas, hospitales y casas de huérfanas, por medio de la caridad, cuidados y enseñanza, lograría la conversión de muchas almas. Desde luego mucho fruto comenzaron á recoger entre los pobres ¿Cuántos poco tiempo después murieron con los signos de la muerte de los justos? Y entre los pocos que viven aún ¿nó es notable su mejoramiento en el órden moral? ¿Qué fué Enrique al llegar al Calvario, y qué es hoy? Prisciliana, que antes fué el escandalo y ludibrio de la ciudad de León por sus palabras y acciones poco decorosas, al presente tiene sus delicias en hacer compañía á Jesús Sacramentado. ¡Bendigan udes. conmigo á Dios Nuestro Señor por tamaños portentos!

La reunión de niños de ambos sexos desde los primeros días, éxigió, sin pérdida de tiempo, el establecimiento de escuelas, de modo que el ejercicio del magisterio fué simultaneo con la fundación del Instituto. Sin libros, ni bancos, ni otros utencilios, propios de toda escuela, principiaron las de la Sociedad, allá en el Calvario. La primera maestra fué la Hermana Gumersinda, que hizo lo que pudo. Ella tiene el honor de haber

abierto la brecha en materia de escuelas del Instituto. Tan pobre principio no debe llamar la atención, pues las obras del Señor Omnipotente comienzan casi siempre de este modo.

Un contratiempo de otro órden y que pudo haber traido funestas consecuencias se presentó á poco. Quizá fué obra maligna de Satanás para destruir, desde el principio, lo que preveía, el, haría en lo de adelante la guerra. Voy á referir á udes cúal fué esa contrariedad.

Persona bien intencionada, pero al mismo tiempo mal informada, me habló en favor de otra, significándome el deseo que le había manifestado de incorporarse con las hermanas. Como pertenecía á una familia honorable y además todos los informes que obtuve con relación á ella, fuesen favorables, desde luego la admití; pues era indispensable aligerar la carga que á cuesta llevabán las cinco primeras hermanas. Fué al Calvario y comenzó á trabajar con las hermanas, no con gran provecho, por ser poco útil para todo. Mas, tan luego como circuló en León la noticia de su entrada á la Casa, no faltó un amigo, que me impusiera de que aquella persona lejos de ser conveniente para vivir con las hermanas, era una de aquellas que merecían recojerse en alguna Casa de arrepentidas ¡Qué triste desengaño y qué penoso fué para mí tener que despedirla! Su separación del Calvario era urgentísima, porque de otra

manera peligraba el buen nombre de las hermanas y de la naciente institución, pero el modo de llevarlo acabo era lo que no me parecía fácil. Hablé con algunas de las hermanas y les manifesté, que no era conveniente la permanencia de aquella persona entre ellas y comenzámos á discurrir el medio de despedirla. La Hermana Gumersinda se encargó de hablarle y dándole alguna insignificante cantidad de dinero, se le despidió.

Concluyo aquí la relación del primer año de la Sociedad y ruego encarecidamente á udes., que al dar gracias á Dios Nuestro Señor por los beneficios que desde el principio se dignó dispensarle le encomienden el porvenir de ella, procurando con su buena conducta darle motivo para que siga bendiciendola y colmándola de gracias. Las buenas hijas así deben portarse con su madre, de ello tienen obligación extrecha, ya que de ella reciben tantos favores y le han costado tantos desvelos.

Encomendándome á las oraciones de udes. quedo como siempre, afectísimo Padre en Cristo Señor Nuestro, que las bendice.

José María de Yermo y Parres.

J. H. S.

¡Dios Proveerá!

Puebla, 28 de abril de 1904.

A las hermanas y hermanitas del "Hospital de Ntra. Sra. de Guadalupe",

Teziutlán.

Muy estimadas hijas en Cristo:

Siguiendo la costumbre de los años anteriores dirijo á udes. la presente carta, para significarles mis agradecimientos por las manifestaciones de afecto con motivo de sus felicitaciones del día de Señor San José.

Ahora voy á referir á udes. los acontecimientos verificados en el año de 1886, suponiendo, que, será provechoso para udes. el conocimiento de lo que se relaciona con los primeros tiempos de la Sociedad.

Como acontece comunmente, con la mayor parte de las obras de Dios Nuestro Señor, la Sociedad de las «Siervas del Sagrado Corazón de Jesús y de los pobres» tropezó desde el principio con dificultades pecuniarias; porque el mismo Señor manda á su oportuno tiempo la ayuda para esa clase de